

El factor sorpresa

JOSÉ MARÍA GUELBENZU

En el momento del ataque a las Torres Gemelas, la reacción de los que escuchaban la radio, recibían llamadas telefónicas y, sobre todo, veían la televisión fue de incredulidad. ¿Qué era lo que no nos creíamos? ¿Qué era lo que verdaderamente nos costaba creer? Nos costaba creer que no fuera una película.

Tanto las novelas tipo Tom Clancy como los cientos de películas de terroristas que amenazaban a los Estados Unidos se han ido al fiable. Eran ficciones de juguete que trataban de hacerse pasar por realidad. Ahora constatamos lo inaceptable. No ya esos finales en los que un solo hombre – que representaba el espíritu norteamericano – desconectaba la bomba del psicópata resentido en los tres últimos segundos anteriores a la explosión, sino cualquier clase final feliz ante una amenaza terrorista.

Poco después ya oía decir, en conversación de calle: “Es que la realidad supera a la ficción”. Y pensé para mí: precisamente por eso los novelistas cuidamos tanto la ficción, porque no reproducimos la realidad; sólo nos valemos de ella para dar forma a esas elaboraciones de nuestras ideas que llamamos novelas. La ficción tiene unos límites que la realidad no respeta, pero, sobre todo, la novela carece de algo que la realidad posee en grado sumo: el factor sorpresa.

“Una imagen vale más que mil palabras”, decía la gente ante el televisor. Y yo me dije: según para qué. Las palabras nos permiten ordenar y entender lo que las imágenes portan. Los televidentes estaban recibiendo impactos visuales y su reacción era la adecuada: no creían que lo que estaban viendo fuera real; se necesitaron muchas imágenes par que empezaran a admitir que no estaban ante una película; se necesitaron muchas palabras para avalar la veracidad de esas imágenes; y para empezar a reaccionar ante ellas se necesitaron muchas más.

Todas estas frases hechas, que tienden a confundir una frase ingeniosa con un pensamiento, se estaban refiriendo a una realidad que todo el mundo tomó al principio por una ficción, tras la confusión inicial se agarraban a las frases tópicas como el apoyo o el asidero que busca uno, cuando da un traspies, para no caer al suelo;